SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO V Nº 226
3 • 3 • 2002

RADAR libros

CANTANDO BAJO LA LLUVIA DORADA

BRILLANTE POLEMISTA, NOVELISTA, GRAMÁTICO, PROFESOR DE LETRAS CLÁSICAS Y CRÍTICO LITERARIO, SERGE KOSTER CONSAGRÓ ESTOS ÚLTIMOS AÑOS A UNA INCONFESABLE PASIÓN: LA ORINA. RECORRIÓ LA HISTORIA DEL CINE, LA PINTURA, LA LITERATURA Y EL PSICOANÁLISIS PARA INVENTARIAR Y ANALIZAR LOS NUMEROSOS ARTISTAS E INTELECTUALES QUE, COMO ÉL, SE INTERESARON POR LAS AGUAS MENORES. EL RESULTADO DE ESTA SENSUAL INVESTIGACIÓN ES *PLUIE D'OR, POUR UNE THÉORIE LIQUIDE DU PLAISIR* (*LLUVIA DORADA, POR UNA TEORÍA LÍQUIDA DEL PLACER*), UN LUMINOSO ENSAYO QUE, DESDE UNA PERSPECTIVA ESTÉTICA, ABORDA UN TEMA QUE SUSCITA TANTA REPULSIÓN COMO FASCINACIÓN.

AGUA VA

POR ALEJO SHAPIRE, DESDE PARÍS

La Musardine es una pequeña y exquisita editorial parisina que, desde 1995, publica exclusivamente literatura erótica. La casa central, dirigida en gran parte por mujeres que rondan los treinta años, ocupa el primer piso de un edificio ubicado a pocos metros del cementerio del Père Lachaise. La planta baja, aunque tiene un aire de sex-shop, oficia de librería. Los clientes, hay que admitirlo, son únicamente hombres de más de cuarenta. Con ojos de entendidos escrutan las cuidadas obras editadas arriba, como la *Antología del coito* o la *Enciclopedia de la historieta erótica*, cuando no buscan reediciones de los clásicos que circularon durante siglos *sous le manteau* (bajo cuerda). En estos días, los conocedores se detienen frente al escaparate donde brilla la tapa dorada de un elegante librito de ciento cuarenta páginas: *Pluie d'or, pour une théorie liquide du plaisir*. En las primeras líneas, el lector descubre la genealogía del ensayo. La mañana del 25 de agosto de 1999 había encontrado a Serge Koster en el cine mirando las primeras escenas de la película póstuma de Stanley Kubrick. Con los ojos bien abiertos, observaba cómo Alice (Nicole Kidman) orinaba sentada en el inodoro frente a la indiferente mirada de Bill (Tom Cruise), su marido. En un movimiento simultáneo, Alice se paró, se frotó mecánicamente la entrepierna con un trozo de papel higiénico, lo dejó caer en la taza y tiró la cadena. Dos horas más tarde, el film concluía cuando Alice le anunciaba a Bill qué necesitaban para salvar su deteriorada pareja: "to fuck". "Ella se vaciaba, había que llenarla", ató cabos un Koster extasiado. Deslumbrado por estas secuencias, que se sumaban a su erudita galería de imágenes mentales relacionadas con la orina, el escritor resolvió estudiar la relación entre el amor físico y la micción a partir de los ecos artísticos que ésta produce.

MEA CULPA

Antes de pasar revista a las obras que más lo conmovieron, Serge Koster trata de comprender por qué su inofensivo entusiasmo por la rubia sustancia es percibido por la sociedad como un asunto tan escabroso. Después de todo, como indica la fórmula química que abre el libro, sólo se trata de sales minerales y un poco de urea, un líquido perfectamente fresco y potable. ¿Es necesario agregar que ni siquiera engorda?

La tesis de Koster es la siguiente: "La orina, como todo lo que, físico y moral, toca la esfera genital –lugar privilegiado del deseo y del asco, funciones de la voluptuosidad y la excreción, lugar de la retención o de la incontinencia–, sugiere imágenes donde se alternan el néctar y la inmundicia, el anatema y la celebración". Así, la perturbadora ambigüedad que supone la vecindad de los orificios con sus múltiples roles, la mezcla de aromas y sabores, explicaría en parte la aprehensión que suscita el pis. Es entendible entonces que muchos opinen que nada bueno pueda salir de esta promiscua región. *Inter faeces et urinam nascimur* ("Entre heces y orina nacemos"), recordaba con severidad San Agustín. Para quien abandonara su primera vocación de libertino sexual, estaba claro que la escatológica puerta de entrada al mundo no hace más que remitir a una humanidad condenada al pecado.

La represión religiosa, escandalizada frente a la superposición de las zonas urinaria y erógena, parió un sinnúmero de oscuros preceptos morales. Aunque, al mismo tiempo, engendró conductas menos católicas. Una de las contrapartidas más elocuentes de esta censura tuvo curso del Medioevo al Renacimiento. En este período, al hombre que quisiese exorcizar su temor a la impotencia sexual, se le recomendaba vivamente "mear en el agujero de la cerradura de la iglesia donde se había casado".

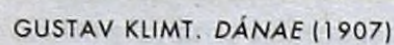
La visión culpógena de la orina está, sin embargo, lejos de ser una de las prerrogativas del catolicismo. Por un lado, la noción de infracción está presente en varias expresiones populares, de las que Koster retiene aquella de "No mear contra el viento" (enseñada por un librero argentino del barrio de St.-Germain), un dicho que advierte sobre el peligro de ir contra el orden establecido. Pero, sobre todo, el ensayista destaca que, ya en la antigüedad, esta interdicción estaba vigente, llegando a representar un verdadero tabú ("lo prohibido y lo sagrado") que dictaba sus códigos. Hacia el siglo octavo antes de Cristo, en *Los trabajos y los días*, el poeta griego Hesíodo dispensaba a su hermano consejos relativos a la observancia y al respeto de los dioses. En el verso 727 podemos leer: "No mees parado, enfrentando al sol; y, desde el momento en que desaparece hasta que se levanta, acuérdate de no orinar ni sobre el camino, ni avanzando fuera del camino, ni desnudo". Para entender esta ley helénica, Koster apela al poeta filósofo Gaston Bachelard, quien recuerda: "La protestación viril contra el sol, contra el símbolo del padre es muy conocida por los psicoanalistas". Algo de parricidio simbólico hay en el gesto de Sartre que, parado frente a la sepultura de Chateaubriand, en Saint-Malo, decide aliviar su vejiga sobre la lápida del autor de *Memorias de ultratumba*.

> Entrevistado por un diario, Moraji Desai, primer ministro de la India, explicaba que "el secreto de su longevidad y de su energía" tenía una única fuente: "el vaso de su orina bebida cada mañana".

LA SONRISA VERTICAL

El aguafuerte data de 1631. En un paisaje bucólico, Rembrandt pinta una campesina agachada que levanta su pollera con la mano izquierda por delante y con la diestra por detrás. Mientras con una mirada inquieta vigila con ansiedad el horizonte, temiendo ser importunada, la mujer hace sus necesidades (en palabras de Koster, sirve simultáneamente "el champagne y el caviar"). El título de la reproducción, conocida como "La mujer que mea" o "La mujer escondida", forma parte de un díptico que completa "El hombre que mea". Pero en este caso se trata de un varón arrogante y grosero que, de pie y con las piernas separadas, larga un vigoroso chorro paralelo al de su intimidada vecina. El sexo de pie y el sexo agachado, sexo fuerte y sexo débil: ¿se trata sólo de una diferencia fisiológica? En 1995, la revista *Elle* preguntaba a sus lectoras: "¿Qué haría usted si tuviera un pene por 24 hs?". "Haría pis parada", respondía una de ellas. ¿Cuestión práctica, higiénica o de "competencia vertical"?, duda Koster. La respuesta aparece quizás en boca de las feministas alemanas que, en setiembre del año 2000, impulsaron una muy seria campaña para obligar a los hombres a mear sentados, reprochándoles las salpicaduras en la periferia del retrete. Esta reivindicación puede parecer menos ridícula si, con Koster, consultamos el *Dictionnaire érotique* de Pierre Guiraud. En estas páginas, al tratar el tema de la orina, el autor subraya "como síntoma de envilecimiento, la ecuación establecida entre mujer y meona en el lenguaje popular". En francés, ambas palabras funcionan como sinónimos; lo mismo ocurre si buscamos la entrada "meona" en el Diccionario de la Real Academia Española.




GUSTAV KLIMT. *DÁNAE* (1907)


REMBRANDT. *LA MUJER ESCONDIDA* (1631)

IMÁGENES DEL NAUFRAGIO

Instrumento de la humillación y la rebeldía, símbolo de la dominación machista, la micción puede –es lo que intenta demostrar Koster– abrir un luminoso sendero hacia la felicidad.

Al no contener elementos nocivos para la salud, la ingestión de pis fue muchas veces elogiada como parte de una buena higiene de vida. Uno de los más célebres adeptos de la uroterapia fue Gandhi. Su ejemplo parece haber cundido en la clase política hindú. Entrevistado por un diario, Moraji Desai, primer ministro de la democracia más grande del mundo, explicaba que "el secreto de su longevidad y de su energía" tenía una única fuente: "el vaso de su orina bebida cada mañana". En literatura, otro de los que salió del closet (¿o hay que decir del toilet?) fue el escritor ermitaño J. D. Salinger. Es al menos lo que pretende su hija Margaret en *The dream catcher*, las memorias que publicó en setiembre de 2000. Koster se pregunta si las décadas de reclusión del autor de *El cazador oculto* tiene alguna relación con el ascetismo del Mahatma. En todo caso, la presencia de la orina en la historia de la literatura es una constante. O, como dice Koster con el preciosismo que caracteriza su prosa: "El Verbo, encarnado, no tarda en convertirse en diluvio". Porque para el autor, el nexo entre la escritura y el mear, entre el "pisseur d'encre" ("meador de tinta"; el castellano prefiere la versión sólida) y el fluir de la pluma es evidente, desde el Flaubert que prefiere aferrarse a su "pluma masturbatoria" mientras se abstiene de ver a su amada, al "meador de páginas" por excelencia: James Joyce, quien le escribe en 1909 a Nora: "I love your cunt not so much because it is the part I block but because it does another dirty thing" ("Me gusta tu concha no tanto porque es la parte que yo lleno, sino porque hace otra cosa sucia"). Koster podría haber citado la escena del Ulises donde aparece Leopold Bloom. Luego de comer un riñón de cordero, su plato favorito, el hombre se sienta en el inodoro y, mientras lee el periódico, se despacha con un monólogo interior en el que se mezclan comentarios sobre un artículo y descripciones del placer que le procura "sentir sus aguas fluir silenciosamente".

Las escenas rescatadas por Koster de las páginas más húmedas de la literatura van del realismo cómico del Gargantúa de Rabelais inundando la campiña francesa, a la mirada clínica del pintor viendo orinar a su modelo en *El aburrimiento* de Moravia. En el medio aparecen los *Ensayos* de Montaigne que, aquejado por un cálculo hereditario que llevó a su padre a la tumba, se pregunta si "es preferible dejar caer el agua" o retenerla. Los poemas eróticos de Georges Bataille celebran, en *La señorita de mi corazón*, "el pipí sobre mi muslo desnudo" regado por la amada; sin mencionar a otros "meteorólogos del deseo" como Pierre Louys, Jean Cocteau y, por supuesto, el Marqués de Sade.

Los diarios de escritores son una inagotable fuente de testimonios de ondinismo. El 10 de junio de 1888, en el *Journal* de los hermanos Goncourt (donde Alphonse Daudet aparece como un insaciable coprófilo), se cita al autor de *La cabrita del señor Seguin*, quien refiere "la confidencia de Emile Zola quien, un día, admitía que tendría una propensión para amar la niña que oliera a pipí".

> El 10 de junio de 1888, en el *Journal* de los hermanos Goncourt se cita "la confidencia de Emile Zola quien, un día, admitía que tendría una propensión para amar la niña que oliera a pipí".

Paul Léautaud, "que sólo exageraba a la hora de describir las dimensiones de su pene", descubrió su gusto por "esta linda chanchada" a los sesenta años, literalmente de la mano de su *chérie*: Marie Dormoy. El 14 de diciembre de 1933, Léautaud anota en su *Journal particulier*: "Ella me deja entender en su carta del domingo pasado que, sola en su casa todo el día, había pensado en el placer que siente al hacerme hacer pis agarrándome y que había pensado en cierta combinación. Logré luego de mucho insistir que se explicara. Se trataba simplemente de masturbarse mientras yo le hacía pis encima. Tiene decididamente una agradable faceta de puta". Sexólogos sin saberlo, Marie Dormoy y Paul Léautaud, implícitamente, señalan todos los componentes del ondinismo: "exhibicionismo, voyeurismo, fetichismo, y otros ismos que sin duda ignoro", resume Koster.

GOLDEN SHOWER

"El poder del goce de una perversión –decía Roland Barthes– sigue siendo subestimado. La ley, La Doxa, La Ciencia no quieren entender que la perversión, simplemente, hace feliz." Hoy, en épocas de una supuesta "miseria sexual" apareјada con la banalización de la pornografía, que hace de la urofilia una oferta más del menú de los canales *premium*, el debate sobre la normalidad parece caduco. La explicación de Freud, según la cual hay "regresión" cuando la libido no concluye en cópula, está para Koster "impregnada de opiniones morales marcadas por la ideología de su tiempo".

El literato prefiere el análisis del psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi, un discípulo del vienés que propone otra tesis: "Toda la existencia intrauterina de los mamíferos superiores" podría no ser más que "una repetición de la forma de existencia acuática anterior", mientras que "la sequía de los océanos" correspondería el nacimiento, el ser arrancado de la cómoda cuna prenatal, de donde provendría, recapitulado, reiterado, alimentado por el inconsciente, "la atracción por la regresión talasal (de Thalasa, en griego Mar), es decir la noción de un deseo de retornar al océano abandonado en los tiempos primitivos". Esta sensación de "beatitud fetal" se cristaliza con toda su fuerza en una pintura: *Dánae* (1907) de Gustav Klimt. El óleo está inspirado en un episodio de la mitología griega. Dánae era hija de Acrisio, rey de Argos. El oráculo había pronosticado que el hijo de Dánae mataría a Acrisio, por lo que éste encerró a su hija en una torre de bronce. Sin embargo, Acrisio no pudo evitar que su hija fuera seducida por Zeus, quien metamorfoseado en lluvia de oro, engendró en Dánae el hijo no deseado por Acrisio. El recién nacido sería llamado Perseo. Cuando el rey conoció la noticia, encerró a su hija y a su nieto en un cofre y los arrojó al mar y fueron recogidos en la isla de Séfiros por Dictis, hermano del tirano Polidectes.

La Dánae de Klimt parece flotar en la tibia oscuridad del líquido amniótico. Es una pelirroja desnuda, acurrucada entre elegantes mantas, en posición fetal; tiene los párpados bajos, sus labios y muslos permanecen entreabiertos. Entre ellos deja penetrar el torrente dorado cargado de "simiente, amor y muerte", tres tópicos constantes en la representación del meo. Dicho de otro modo: "Eros y Tánatos, ineludiblemente", la imagen que propone Koster para concluir su ensayo. Porque si la orina está en boca de todos, es tal vez porque su fórmula química contiene, entre otras cosas, el secreto de todo principio y de todo fin. ♣

NOTICIAS DEL MUNDO

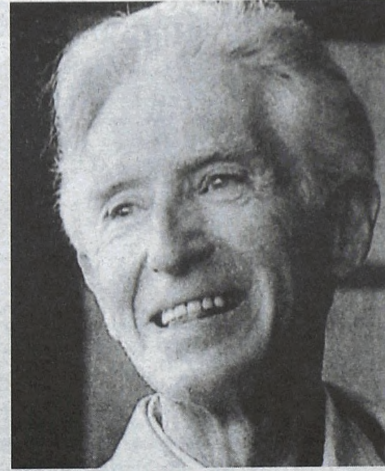
El pasado martes 24 de febrero Francia toda celebró el bicentenario del nacimiento de Victor Hugo (1802-1885), el gran romántico francés, autor de *Los miserables* (1863) y *Nuestra señora de París*, entre otros títulos que la cultura de masas volvió memorables. Nacido en Besançon, Hugo se convirtió en un autor legendario muy tempranamente. Como joven poeta fue monárquico, nombrado "par de Francia" por el rey Luis Felipe. Luego radicalizó sus posiciones políticas volviéndose republicano: férreo opositor al régimen de Napoleón III, vivió en el exilio durante 19 años. *Hernani* fue la piedra del escándalo literario: al dinamitar toda la preceptiva neoclasicista en lo que se refiere al acontecimiento dramático, inaugura el romanticismo (teorizado por el mismo Hugo en el célebre *Prefacio de Cronwell*), en cuya estela de pura negación se colocarán luego las vanguardias del siglo XX. En 1871, el Hugo republicano y celebérrimo reclamaba al Senado una amnistía para todos los participantes de la Comuna de París. El 1 de junio de 1885 más de dos millones de personas asistieron al traslado de sus cenizas al Panteón, donde descansan los grandes héroes nacionales de Francia.

Otro aniversario (más modesto) se conmemoró el miércoles pasado, cuando el novelista John Steinbeck (1902-1968) hubiera cumplido cien años. Conocido sobre todo por sus tenebrosas novelas sobre el mundo de pobres y marginados, Steinbeck se crió en el seno de una tranquila y burguesa familia californiana. En 1925 abandonó sus estudios en la coqueta Universidad de Stanford para probar suerte como cronista, pintor, recolector de algodón, lo que fuera. *Tortilla Flat* (1935) lo lanzó a la fama. *Viñas de Ira* (1939) le valió el Pulitzer. *Al este del paraíso* (1952) lo colocó ya como candidato al Premio Nobel, que ganó en 1962. Su patriotismo lo llevó a justificar la intervención militar de Estados Unidos en Vietnam. Lentamente, su fama comenzó a palidecer. Hoy sólo lo recuerdan los nostálgicos del interior profundo norteamericano.

El antropólogo argentino Néstor García Canclini fue galardonado con el VIII Premio Anual de Ensayo Literario Hispanoamericano Lya Kostakowsky que otorga la fundación Cardoza y Aragón, con sede en México. García Canclini, investigador en la Universidad Autónoma de México (UAM), nació en Argentina el 1 de diciembre de 1939 y entre sus obras se destaca *Culturas híbridas*, un modelo teórico para el análisis de la cultura latinoamericana en tiempos de globalización.

La editorial española Alfaguara y la Universidad Nacional Autónoma de México anunciaron el Premio Primera Novela, con el que se pretende impulsar a jóvenes escritores de toda Latinoamérica. El Premio UNAM/Alfaguara estará dotado de 100.000 pesos (unos 11.000 dólares) y la novela ganadora será editada conjuntamente por la editorial española y la Dirección de Literatura de la universidad. Los concursantes podrán entregar sus trabajos hasta el próximo 24 de agosto.

IZQUIERDA: ADOLFO DE OBIETA. DERECHA: MACEDONIO FERNÁNDEZ





HOMENAJE ADOLFO DE OBIETA (1912-2002)

EN EL NOMBRE DEL PADRE

En *Macedonio Fernández, la escritura en objeto* (Adriana Hidalgo, 2000), Germán García se refiere al vínculo que unía al escritor –recientemente fallecido– con el prohombre de las letras argentinas que fue su padre, Macedonio Fernández. Una obra tejida a dos voces que ahora el más allá ha reunido.

POR GERMÁN GARCÍA

Adolfo de Obieta falleció el pasado 25 de febrero en Buenos Aires, ciudad en la que había nacido en 1912, hijo de Elena de Obieta y de Macedonio Fernández. En 1938 se doctoró en Jurisprudencia. Fue fundador de la revista *Papeles de Buenos Aires* (1943/1946). Con Emilio Pettoruti, Juan Carlos Paz y Daniel Devoto fundó la revista *9 Artes* (1947/1949). Era miembro de número de la Academia Argentina de Letras. Participó en el Diálogo de las Culturas (Unesco, 1978) y recibió el premio Jamna Bajaj International (Nueva Delhi, 1996).

Había publicado poesía y ensayos. Su obra más extensa, titulada *Tiempo de profecías* (4 tomos), fue editada por Corregidor (1988/1998). Varios de sus libros permanecen inéditos. Pero además de sus libros, la obra de Adolfo de Obieta es el rescate de lo escrito por su padre, Macedonio Fernández. Una larga y paciente dedicación, admirable por tratarse de un escritor que descuida su propia obra para contar con el tiempo necesario, exigido por la labor de un minucioso desciframiento.

Macedonio. Memorias errantes, libro de Adolfo de Obieta publicado en 1999, es un documento singular llamado a renovar los estudios sobre la vida y la obra del escritor que Borges más admiraba.

Las trescientas sesenta páginas de *Memorias errantes*, donde la primera persona de Adolfo de Obieta compone la lectura de testimonios y cartas mediante la evocación de circunstancias vividas, pueden ser leídas como el relato cifrado del enigma que supone la relación de un hijo con la memoria de su padre. Enigma redoblado, en este caso, por la singularidad de la figura paterna.

Ese enigma resuena en el título del último capítulo, el VI, "¿Posbiografía?", capítulo que, a su vez, comienza con una pregunta: "¿La biografía debe concluir con el cese de la vida corporal o terrenal del biografiado? Es lo convencional, lo universal".

Y sin embargo, *Memorias errantes* revela: "En el borrador de un poema que he recordado, aparezco sintiendo hasta cierta costumbre de presencia mental de mi padre en nuestra convivencia cotidiana. ¿Por qué no?" (pág. 346). Luego leemos: "Cuarenta años atrás, una amiga dotada de varios carismas parapsicológicos o ultrafánicos, ser humano de mente y conducta ejemplar, solía realizar reuniones de silencio, recogimiento, mente en blanco, cuerpo en paz, oído interior, ojos cerrados, oraciones calladas, internalización, apertura mental, expansión de conciencia (...). En algunas de esas reuniones de trascender límites, de abrirse al Universo de la mente, solía asomarse Macedonio (y no sólo él, sino Manuel, su nieto espiritual que dejó el plano físico meses después de dejarlo Macedonio)" (pág. 348).

¿Qué dice Macedonio Fernández en esas reuniones?: "Hijo, de donde yo estoy ahora las cosas se ven en distinta forma. Vengo para hablarte porque eres el que más se parece a mí. Desgraciadamente, yo en la vida nunca tuve carácter, nunca fui ambicioso, y de eso estoy contento porque no sirve para nada, pero no hagas lo que yo hice. Vas a escribir algo que deseo hagas, pues no debes conducirte como yo. Era una sabiduría extraordinaria que no supe aprovechar. ¿Para qué sirven tantos papeles? Ni siquiera tuve el valor de mantener un hogar formado, ni eso hice. Aquí me piden cuentas. Aléjate de la vida estéril que yo hice... No hice nada, ni siquiera por mis hijos".

En otra comunicación, Macedonio Fernández dice: "Cuando uno está en soledad, los seres le hablan, y se oye dentro la voz, y se tienen grandes conversaciones. No temas a la Muerte como yo no la temí..." (pág. 351).

Macedonio Fernández murió en 1952, las comunicaciones con su hijo Adolfo de Obieta están fechadas entre junio de 1960 y diciembre de 1963. Es el tiempo necesario para que el padre haga su descargo y el hijo acepte su encargo, que consiste en ocuparse de los papeles amarillentos: "Sería conveniente que los buscaras y los leyeras", dice el padre. *Memorias errantes* comienza con las vacilaciones de Adolfo de Obieta: "A veces pienso en el deber de recordar, a veces en el deber de no recordar, o de olvidar" (pág. 12).

Conjeturo que Adolfo de Obieta responde al mandato de "quebrar el gajo con que muerte toca", mediante el sostén de una voz. Me valgo para sostener mi afirmación del breve texto de Macedonio Fernández "¿Quién era ese mosquito?", donde se expone el tema de la vida ulterior.

Macedonio Fernández se pregunta: "¿Cómo será cuando yo esté en la vida ulterior?". El mosquito es el mensajero encarnado de un primo llamado Lucas, que retorna como "esa voz que nos inquieta por la noche".

"Para hablar de la vida hay que existir", escribía Macedonio Fernández, "y para hablar o pensar en la nada también. La muerte no es nada, sino que nada es. No hay lo opuesto de la vida; su contrario no hay (...). El no existir nada sabe: ¿el existir puede saber el no existir?"

Es la pregunta que recorre *Memorias errantes*. Pero Adolfo de Obieta sabía que escribir este libro era también una respuesta *afirmativa* al tema de la muerte, que lo llevó a publicar anteriormente *Destino de llorarte* (1939) como ofrenda al recuerdo de su madre. Ese libro, dice Adolfo de Obieta, aplacó su sentimiento de la muerte. Al igual que Macedonio Fernández, el joven Adolfo de Obieta quería "trascender la incomunicación entre todavía vivientes y ya no vivientes" (pág. 88).

En agosto de 1940, Adolfo de Obieta había decidido lo que sería el sentido de su vida: "He postergado toda mi posible obra, los cuatro o cinco libros que tendría hoy publicados si no hubiera pensado más que en mi vida personal o condición natural; pero me preferí gozosamente para ofrecer todo mi esfuerzo y mi amor a esa vida superior, a esa obra entrañable que es la de M.F. Yo aspiro a merecer el orgullo de ser su hijo, aunque personalmente sea nada; nada más que su hijo, nada más que su amor, como lo soy" (pág. 112).

Seguramente hoy el hijo conversa con el padre en ese espacio inmaterial que los abriga. ♣



A TONTAS Y A LOCAS
María Moreno
ilustraciones de María Alcobre
Sudamericana
Buenos Aires, 2001
200 págs. $ 15

FRAGMENTOS DE UN DISCURSO FEMENINO

POR GUILLERMO SACCOMANNO

"La persona que escribió estos textos ya no existe", afirma María Moreno en el arranque de *A tontas y a locas*. Y también declara que ésa otra, cuando escribía estos textos, se "hacía la loca y la nena". Entonces, ¿es este el libro de una escritora que, como una nena, resistiéndose a la edad de la razón, juega a que es otra? De ser así, ¿las palabras que emplea, son las suyas, o al modo Borges, son de la otra?

Tal vez estas preguntas encuentren respuesta si se contextualiza esta antología de prosas, en su mayoría publicadas durante los últimos años de la dictadura en *Tiempo Argentino*. Si la mujer se hace la nena, se hace la loca, haciéndose que es otra, se debe tal vez a que en esos años fueron las revistas de literaturas "marginales" (las comillas no expresan descalificación) aquellas que produjeron insólitamente textos literarios políticamente cuestionadores que se filtraban bajo la dictadura. El humor, como las historietas, son géneros considerados infantiles: entretenimiento para niños. Y fue ese rasgo de juvenilia maliciosa el que justamente interpeló al autoritarismo. La niñez, entonces, como la locura, devenidas estrategia para decir lo que se calla preservando el pellejo. Haciéndose la loca, Moreno cuestiona, apelando a un tono de nena consentida, con una jactancia medio culposa que ella misma juzga "un tonito". Podría pensarse ahora el ocultamiento del nombre, la elección del seudónimo como gesto que imposta una cierta clandestinidad. María Moreno es el seudónimo de María Cristina Forero. El seudónimo como nombre de combate.

Desde acá y ahora, así interpretadas, estas prosas adquieren un sentido político fuerte. Porque su razón de ser no es otra que la resistencia planteada, por esa misma época, también desde la revista *Humor Registrado*, en la que Alejandro Dolina, como paradigma, fijaba un código de escritura cómplice con sus lectores. Los columnistas de vida cotidiana exorcizan el miedo, guiñan el ojo a su público y a través del aguafuertismo y el ensayo de ocasión ejercen un evangelismo progre. Ese "tonito", como lo califica Moreno, es distintivo de esta época, pero procede de más atrás. Si de tradición hay que hablar, estas hazañas de la mordacidad subversiva tienen sus antecedentes en una larguísima historia de los medios satíricos que empieza por *El Mosquito*, sigue con *Caras y Caretas*, llega a *Tía Vicenta*, pasa por *Satiricón* y se aposenta en la citada *Humor*. Desde sus columnas de *Tiempo Argentino*, Moreno recobra esa impronta en la que conviven el desencanto snob (la *causerie* de Mansilla), un cierto feminismo entre luchador y coqueto ("clasismo sexual" según Moreno), y el señalamiento de vicios y virtudes de una sociedad que se despereza lentamente entre botas y jinetas. ¿Por qué este comportamiento pedagógico? Se hace necesario avivar a ese público lector (a "tontas y a locas", en este caso) que, en la oscuridad de la dictadura, al buscar señales de esperanza, no está solo. De ahí, a veces que, en ese "tonito", impera un acento doctoral. ¿Acaso no es este el período de la universidad de las sombras? El saber se recluye en los grupos de estudio. Y, en la escritura, en la fetichización de las marcas como contraseñas. En Moreno, la cita feminista permanente (Virginia Wolf, Victoria Ocampo, Colette, Simone de Beauvoir, entre la bibliografía femenina) pero cruzada con la influencia del lacanismo conjugan, de manera caprichosa, una poética chicanera y exquisita. *A tontas y a locas* articula la trayectoria de una intelectual que suele operar en los márgenes, tomando distancia (socarrona) de lo académico, fundando un territorio personal y despejado para pensar sin clichés ni condicionamientos de instituciones y/o medios del *establishment*. Las prosas de Moreno, ejemplares e inusuales, combinan la perspicacia con la ironía, la reflexión con la narratividad. Desde las primeras páginas hasta las finales, estas prosas evolucionan desde el periodismo de opinión (ese modo de implicar al lector con el sobreentendido, usual en los tiempos de censura) hasta alcanzar, en la vuelta final, la confesión, todo un género que Moreno sabe aprovechar realizando un nada complaciente *strip-tease* de sus epifanías y derrotas. "Una no es sin lo que ha sido", escribe Moreno. Y esto "que ha sido", eso que la historia le hizo, Moreno lo ordena y resignifica con una coherencia apabullante en estas prosas que trasuntan, además de las crispaciones del momento en que fueron producidas, una vigencia que reside en sus tarascones implacables contra la moral y las buenas costumbres construyendo una lectura política del poder allí donde se agazapa simulando ser inofensivo, en esos escenarios que pueden ser tanto la conquista amorosa como la alcoba, el bar de bohemia como el cuarto de servicio, la maternidad como el flirteo, el cuerpo y la palabra. ¿Acaso la literatura no es el método más inquietante para indagar en estos lugares? ♣

EL EXTRANJERO

LA TÊTE EN BAS
Noëlle Châtelet
Seuil
París, 2001

Paul tiene cuarenta años y acaba de amputarse los senos. Es el primer día desde que salió del hospital; va a comprar el pan y por primera vez lo llaman "señor". Esa noche van a celebrar con el padre, su cómplice de toda la vida, y con Max, un amigo travesti con quien comparte algo de la experiencia de la transexualidad. Paul está feliz y quiere tocar el piano. Desde antes de la operación tiene una melodía en la cabeza. Esa melodía, piensa Paul, proviene de cierta niña pequeña llamada Denise.

Noëlle Châtelet es profesora, conferenciante, escritora y actriz. Ha interpretado papeles en películas para el cine y la televisión, fue directora del Institut Français de Florencia de 1989 a 1991 y, como profesora, ha dirigido numerosos talleres de escritura creativa. Es asimismo conferenciante habitual en la Universidad de Paris V (Rene Descartes-Sorbonne). Como escritora, es autora de ensayos, novelas cortas –como *Histoires de bouches* (1987), que obtuvo el Premio Goncourt para este género–, y diversas novelas, entre las que cabe destacar *La femme coquelicot* (1997) y *La petite aux tournesols* (1999). *La dama de azul*, que forma con las dos anteriores una suerte de trilogía, fue galardonada con el Premio Anna de Nouailles de la Academia Francesa.

Sin la menor pretensión, *La tête en bas* deslumbra por la contundencia con que se exponen las representaciones y asociaciones de una mente trastornada por la inadecuación del cuerpo en el que habita. Nos permite vivir como en carne propia todo ese tortuoso camino que es la construcción de una identidad diferente, dislocada de los parámetros socialmente establecidos.

Discurre con una prosa sensual y vigorosa, a la vez infantil y desgarrada. Como si la escritura misma estuviera impregnada de esa doble naturaleza del personaje. Una prosa que nos recuerda un poco a la de Proust, al menos en el avanzar sobre la vía de la memoria y respetuosa del carácter fundacional que tienen los recuerdos de la infancia. El personaje, por su parte, llega a emparentarse con aquel Des Esseints, de Huyssmans, el decadente aislado, incomprendido y agobiado por los excesos de su propia sensibilidad.

El relato, a pesar de toda la tragedia por la que se deja atravesar, no se permite el menor melodrama. De la misma manera que a pesar de los prejuicios que convoca, evita todo tipo de denuncia. No hay golpes bajos, todos los personajes son lo suficientemente humanos como para dejar la escabrosidad del tema al resguardo de toda caricaturización. Una temática que tratada casi siempre desde su perspectiva social, ahora es abordada por Châtelet desde su dimensión individual, personal y humana.

La tête en bas se sostiene en su argumento y deslumbra con la inteligencia de sus apreciaciones, la fría objetividad con que se presentan los hechos más aberrantes de la existencia, sin privarlos de su poesía.

JONATHAN ROVNER

CULTURA PARA TODOS

BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Fausto.

Ficción

1. El señor de los anillos
J. R. R. Tolkien
(Minotauro, $ 17.50)

2. Harry Potter y la piedra filosofal
J. K. Rowling
(Salamandra, $ 16)

3. El Hobbit
J. R. R. Tolkien
(Minotauro, $ 15)

4. Mujeres alteradas 5
Maitena
(Sudamericana, $ 15)

5. Lo que está en mi corazón
Marcela Serrano
(Planeta, $ 17)

6. Fuerzas irresistibles
Danielle Steel
(Plaza Janes, $ 14)

7. Cuentos para pensar
Jorge Bucay
(Nuevo extremo, $ 18)

8. El círculo de los mentirosos
Jean Claude Carrière
(Lumen, $ 22)

9. Cuentos completos
Juan José Saer
(Seix Barral, $ 29)

10. Ensayo sobre la ceguera
José Saramago
(Aguilar, $ 19)

No ficción

1. El camino de las lágrimas
Jorge Bucay
(Sudamericana, $ 14.50)

2. Juan Manuel de Rosas
Pacho O'Donnell
(Planeta, $ 16)

3. El sueño eterno
Joaquín Morales Solá
(Planeta, $ 17)

4. Los Borgia
Mario Puzzo
(Emecé, $ 16)

5. El cochero
Marcos Aguinis y Jorge Bucay
(Atlántida, $ 17)

6. ¿Quién se ha llevado mi queso?
Spencer Johnson
(Urano, $ 10)

7. Patas arriba
Eduardo Galeano
(Catálogos, $ 20)

8. Mi método para estar definitivamente en forma
Patricia Sangeris
(Norma, $ 26)

9. Diccionario de la Lengua Española
Real Academia Española
(Espasa Calpe, $ 50)

10. El atroz encanto de ser argentinos
Marcos Aguinis
(Planeta, $ 17)

LA IDEA DE CULTURA
Terry Eagleton
trad. Ramón José del Castillo
Paidós
Barcelona, 2001
208 págs. $ 23

POR ARIEL SCHETTINI

Los anteriores libros de Eagleton poseen la virtud (o el vicio, según se quiera) de compendiar a modo de manual todo el saber necesario sobre un tema académico. *Walter Benjamin*, por ejemplo es una especie de biografía intelectual de un héroe de nuestro siglo y, al mismo tiempo, el libro más escolar (en realidad habría que decir, trivial) que se ha escrito sobre el crítico alemán. En *Ideología*, Eagleton se encargó de chequear todas las versiones de la palabra en la historia del marxismo occidental, lo que es muy recomendable para quienes deben completar una monografía o dar una clase, pero muy poco sano para quienes verdaderamente quieran conocer el pensamiento de Luckács, Adorno o los debates entre ambos.

Hay, seguramente, quienes dirán que el profesor de Oxford que aquí evaluamos tiene buenas intenciones (llevar, a quien lo ignora todo, una luz que lo conduzca por el camino del saber) pero también habrá quienes sostendrán con igual cuota de razón que nadie puede conocer nada de *La ideología alemana* de Marx o la relación entre ideología e institución porque aprenda una definición que bien puede saldar el diccionario.

Como buen profesor de Oxford, también es un hombre preocupado por la marginalidad. De allí que su mejor libro hasta ahora sea un recorrido por la historia de la cultura irlandesa, *Heathcliff y la gran hambruna*, que busca en su pasado católico las claves de una cultura de resistencia: Los Brönte, Oscar Wilde, Bernard Shaw son algunos de sus personajes que debaten la relación entre el Imperio y su resistencia, entre la cultura urbana y la rural.

Pero Eagleton nació y se educó en Inglaterra. Y los motivos por los cuales los ingleses tienen una cierta obsesión por la "cultura" no son un secreto. El ocaso del imperio los llevó a percibir, desde fines del siglo XIX, que esos que arrasaban, dominaban, controlaban y mataban sin piedad eran, finalmente, seres humanos. Incesantemente, en Inglaterra han interrogado la cultura (es decir *las culturas*): baste citar a Mathew Arnold y a T.S. Elliot (cuyo libro sigue siendo volumen de cabecera para elitistas y tilingos) recorriendo impudorosamente el camino del error.

Este libro no es excepción. Los dos primeros capítulos constan del previsible repertorio de definiciones de cultura (y sus perspectivas políticas): versus naturaleza, versus vulgo, versus comunidad o ideología. O lo contrario: la cultura pensada como naturaleza, como plebe, como práctica, como ideología, como trama, como espacio para la constitución de la subjetividad. Al mismo tiempo se discuten los textos más importantessobre la cultura: Raymond Williams y su sedicente enfoque materialista, Freud y sus configuraciones psicológicas, Richard Hoggarth (cuyo clásico *The Uses of Literacy* fundó un modo de análisis cultural basado en las prácticas de la clase obrera inglesa) o la antropología y sus prácticas opresivas. Hasta allí, un buen manual eagletoniano.

En los siguientes dos capítulos, el autor se enfrenta con una dificultad mayor: la cultura como civilización, como Estado, como nación, los debates políticos en el interior de una cultura, la formación de un *ethos*, la raza y la tradición. ¿Cuál es la relación que se establece con la cultura (o en la cultura) cuando se la piensa como mercancía, por ejemplo, o cuando se la piensa como identidad, conciencia y práctica de sí, modo de pensar el otro o el yo?

Es allí donde el libro se vuelve más grácil y hasta desopilante. Eagleton discute la cultura americana e ingresa en sus debates (el cuerpo, la raza, la sexualidad y hasta la fobia al tabaco o la obesidad de sus habitantes) con una ligereza de ánimo que da escalofríos. Es necesario llegar hasta el lugar en que *La idea de cultura* argumenta que los americanos hablan mucho de sexualidad porque son puritanos, o que el miedo al tabaco de la sociedad entera encarna el miedo a los extraterrestres, para que descubramos que algo está muy mal en este libro cuyo mayor pecado es ser, paradójicamente, demasiado ingenuo.

Esto no quiere decir que el libro no carezca de ideas atractivas. Pero, ¿qué sentido tiene decirnos que el posmodernismo es la continuación del protestantismo si no hay una explicación firme y material de la frase? Los buenos críticos, los buenos lectores, los buenos profesores creen –a veces con inmodestia– que porque han leído bien un texto, todo lo que piensan es valioso. Quienes quieran intentar el ensayo salvaje, y la libertad del pensamiento, pueden consultar, para tomar una lección, este libro, producto indiscutible de la simpleza de la cultura de nuestro tiempo. ♣

EL LAZO DORADO

QUIEN HUBIERA SIDO PINTADA
Juana Bignozzi
Siesta
Buenos Aires, 2001
32 págs. $ 5

POR WALTER CASSARA

Nacida en Buenos Aires en 1937, la poeta Juana Bignozzi emigró a España a principios de la década del 70, anticipándose a la diáspora que cientos de intelectuales argentinos, unos pocos años después, se verían obligados a elegir como única alternativa al sistema totalitario que imperaba en el país. Desde entonces reside en Barcelona, donde no se vincula con el medio literario y editorial más que a través de su oficio de traductora especializada en libros de estética y filosofía. Su obra poética (publicada íntegramente en Buenos Aires) indaga el desarraigo, no sólo como condición política, sino también como un modo de habitar en la historia y en la lengua: siempre hay en sus poemas horarios de trenes y nombres de ciudades prestigiosas, boletos de partida y regreso, un tono mundano que convive con la nostalgia; alguien enuncia el fondo deceptivo que impulsa todo viaje y evoca "no el olor del hogar, sino, una vez más, el de una vida inquieta", como reza la apertura de uno de sus libros, más que un acápite, una profesión de fe de la propia poeta. Periódicamente suele retornar al país para deleitarnos con sus agudos epigramas y recordarnos su amor irrefutable y fiel.

Dentro de la generación de escritores que surgieron durante la década del 60, la poesía de Juana Bignozzi se destaca por el distanciamiento irónico con el que aborda e interpela las grandes gestas y los mitos heroicos que desvelaron a la mayoría de sus contemporáneos; ironía que habilita para su escritura cierto "empirismo herético" a lo Pasolini y que le permite ir y venir sobre sus pasos, reconociendo fallas y enormes osificaciones ideológicas como una artista en el trapecio del materialismo dialéctico, irreverente y algo trágica. "Educada para ser/ la magnífica militante de base de un partido" –dice Bignozzi en un celebrado texto de *Interior con poeta*– "que por no leer la historia de mi país/ se ha convertido en polvo no enamorado sino muerto/ preparada para una eterna carrera de fondo/ tengo ante los ojos una pared impenetrable/ detrás de la cual sólo hay/ otros cincuenta años de trabajo y espera". Carrera de fondo, de resistencia y lucidez, la obra de Bignozzi (no hace mucho reunida bajo el título de *La ley tu ley*) se juega en el agotamiento de un paradigma ideológico –el de la izquierda sesentista–, aunque trasciende sus lugares comunes mediante una reducción crítica implacable. Su estilo es lacónico y mordaz, más próximo a un preciosismo desencantado y neoclásico que a los cantares verborrágicos de la poesía social latinoamericana.

Quien hubiera sido pintada, el último libro de Bignozzi que la joven editorial Siesta acaba de publicar, es una lúcida vindicación de la pintura a través de la cual el poeta confronta las inconstancias y desacuerdos entre el arte y la historia –social y personal– desde un punto de vista muy preciso, definido en los primeros versos de un



texto sobre Tiziano: "no es válida la carga del corazón/ la literatura se hace con colores/ los poemas con palabras/ y la música de una vida con la luz de los testigos". Aquí lo que cuenta no es la mirada sentimental del aficionado ni el ojo severo del crítico, sino cómo la experiencia poética alumbra los cuadros parafraseados, el horizonte cultural y vital que dicha experiencia cuestiona y reanima bajo la luz de un prosaísmo ágil e inobjetable. Los cuadros que describe Bignozzi no son tan distintos a las polémicas que suelen desatar sus temibles apotegmas ("me han dicho que hay alguien duro y áspero/ que no sale después de las 8 de la noche/ y los que fueron jóvenes excedidos/ escriben cartas burocráticas desde Texas") ni a las "ciudades prestigiosas" en las que cultiva y distrae su soledad, sin perder nunca el lazo dorado que la liga con la patria, el mismo lazo mítico que instala su escritura en el presente. ♣